

MEMORIA Y POSMODERNIDAD: ESPACIO, TIEMPO Y SUJETO

MIGUEL ÁNGEL SANZ LOROÑO
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Se preguntaba hace unos años el profesor Carreras el motivo por el que la memoria estaba sustituyendo a la historia cuando, al hablar de esta, nos referíamos a la otra. Esto es, que la memoria parecía estar, en los últimos tiempos, engullendo a la historiografía.¹ Tan últimos que, de hecho, Traverso nos dice que la memoria, como sustitutivo del relato histórico, no comenzó a usarse hasta principios de los años ochenta.² Una década antes, como un ejemplo del giro posmoderno hacia las diferencias, podemos citar el surgimiento de la historia oral a partir del desgaste de la historia económica y social.³ Dicho giro constituye, quizá, un nuevo paradigma no-normativo,⁴ o, en otras palabras, una «crisis de los paradigmas».⁵ De este modo, podemos intuir que la llamada memoria histórica nace de esta «nueva condición histórico-geográfica» a la que llamamos posmodernidad.⁶

¹ Vid. Juan José Carreras, «¿Por qué hablamos de memoria cuando queremos decir historia?», en Carlos Forcadell y Alberto Sabio (eds.), *Las escalas del pasado: IV Congreso de historia local de Aragón*, IEA-UNED, Barbastro, 2005, pp. 15-24.

² Enzo Traverso, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Marcial Pons, Madrid, 2007, p. 13. Por su parte, Patrick H. Hutton prefiere situar el «boom de la memoria» en los años setenta; vid. «The memory phenomenon as a never-ending story», *History and Theory*, 47 (2008), p. 584. La producción historiográfica sobre el tema desborda toda capacidad personal; sin embargo, el acuerdo sobre la existencia de una inflación de memoria a partir de los años setenta parece general. Para una visión global, que no estamos en condiciones de ofrecer, vid. Ignacio Peiró, «La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea», *Ayer*, 52 (2004), pp. 179-205; y Wulf Kansteiner, «Finding meaning in memory: a methodological critique of collective memory studies», *History and Theory*, 41 (May 2002), pp. 179-197.

³ Historia oral en I. Peiró, «La consagración», p. 199. La bibliografía sobre este giro cultural es, como en el anterior punto, inabarcable, y, aun cuando reconoce el cambio, no por ello existe un consenso sobre el carácter estable o normativo del mismo.

⁴ Esta expresión podría tenerse por un oxímoron, lo que nos señala la dificultad de identificar dicho paradigma; vid. Gonzalo Pasamar, *La historia contemporánea: aspectos teóricos e historiográficos*, Síntesis, Madrid, 2000, p. 78.

⁵ Cita en Gerard Noiriel, *Sobre las crisis de la historia*, Cátedra, Madrid, 1997, p. 123 y ss.

⁶ Cita en David Harvey, *The condition of postmodernity*, Blackwell, Oxford/Cambridge, 2003, p. 328. En este texto nos ocupamos de lo posmoderno, pero no de lo posmodernista. Para la diferencia

Por otra parte, el canibalismo de la memoria no es, como sabía el profesor Carreras, gratuito, sino que responde a unas razones que están más allá de la pirotecnia editorial. Se debe, creemos, a la presencia de un «inconsciente político» que estructura todo objeto cultural en el que aquel se encuentra incrustado.⁷ En este texto, pretendemos explorar ciertas condiciones que, pensamos, hacen posible la extensión del término memoria.⁸ Finalmente, acabamos con una breve conclusión.

TRES CONDICIONES DE POSIBILIDAD

a) Espacio

La representación moderna del espacio se articulaba en torno a lo que podríamos denominar como «espacio superior». En este encontramos dos significados. Por un lado, debemos pensar en un espacio público, propio del racionalismo moderno, que organiza el plano de una ciudad.⁹ Si extrapolamos este espacio, holista por definición, podemos verlo como el soporte imaginario de los grandes conceptos modernos: la Razón, la Historia, lo Universal y, por supuesto, la Utopía.¹⁰ Por otro, es posible definirlo como el lugar, inasequible para las masas, desde el que se dirigía la política, la economía o la geografía urbana.¹¹ Por tanto, esta espacialidad se hallaba sujeta a lo que Walter Benjamin llamó el aura de la obra de arte, esto es, una suerte de «lejanía» autoritaria desde la que el autor determinaba la lectura de un texto al imponerle un significado central.¹² Una autoridad indiscutible, propia del

entre ambos términos, *vid.* Terry Eagleton, *Las ilusiones del posmodernismo*, Paidós, Buenos Aires, 1997, pp. 11-13.

⁷ *Vid.* Fredric Jameson, *The political unconscious: narrative as a socially symbolic act*, Cornell University Press, Ithaca, 1981. Una versión más accesible en Adam Roberts, *Fredric Jameson*, Routledge, Londres y Nueva York, 2000, pp. 53-96.

⁸ Condiciones de posibilidad en Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Paidós, Barcelona, 2001, pp. 93-111.

⁹ *Vid.* un buen resumen de la arquitectura moderna en José Luis Rodríguez, *Crítica de la razón posmoderna*, Biblioteca Nueva y Prensas Universitarias de Zaragoza, Madrid/Zaragoza, 2006, pp. 30-36. Desde las plazas públicas hasta las avenidas, pasando por los grandes bloques comunales o, fundamentalmente, la organización reticular y planificada de la ciudad.

¹⁰ A este respecto, debemos señalar que la utopía es, principalmente, un acto de representación espacial en el tiempo. Para la utopía como «juego espacial», *vid.* David Harvey, *Espacios de esperanza*, Akal, Madrid, 2003, p. 186 y ss.

¹¹ David Harvey, *The condition*, p. 66.

¹² Cita en Walter Benjamin, «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica», en *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid, 1989, p. 24. Para el autor el aura es, exactamente, «la manifestación irrepetible de una lejanía» (p. 24). El (mal) uso que hacemos del concepto es, por tanto, personal.

autor como héroe y no como productor cultural,¹³ que ha caracterizado la cultura modernista hasta la llegada de la desregulación posmoderna.¹⁴

El espacio moderno, así entendido, constituía un bloque coherente y acabado en sí mismo, o, si lo tratamos como una metáfora, un sistema de pensamiento perfecto y cerrado. Así, «la arquitectura moderna a menudo ha tomado como materia principal la articulación del espacio, es decir, que ha considerado el espacio *abstracto* como *el* contenido de la forma».¹⁵ Este espacio, cuyo contenido era la forma misma,¹⁶ no estaba, por tanto, ligado al lenguaje local de la gente corriente. Por ello, no tenía en consideración ni sus gustos ni su historia, dando lugar a un urbanismo grisáceo y vacío. Porque el espacio superior era la base de una epistemología pretendidamente universal, o, si se prefiere, abstracta; esto es, que no se encontraba atado a lo concreto. Con lo cual, la arquitectura de un Mies van der Rohe, que puede ser hermanada con la sociología funcionalista o la antropología estructural, no parece ser válida para comunicar, o interpretar, las experiencias de los diferentes sujetos posmodernos.

En la modernidad tardía, esto es, la lógica cultural del periodo dominado por el «fordismo» y la regulación estatal de la economía (1945-1973),¹⁷ la «gramática universal» de este formalismo moderno componía una «ideología que [celebraba] el método por encima de todo».¹⁸ Una metodología universal que se sustentaba en la mítica existencia de un vacío «Hombre Moderno».¹⁹ Un arquetipo que, según leyes universales de comportamiento, podía ser estudiado, como un objeto, desde la distancia que concede un exterior representable. Nos hallamos, puestos en perspectiva, frente a la dualidad antinómica de la modernidad. El interior, es decir, el contenido, es un «plano de inmanencia [...] sin referencia a ninguna instancia externa».²⁰ Por otra parte, el exterior, en tanto que forma, constituye un «aparato de captura», una trascendencia modeladora que otorga significado y orden al flujo inmanente de las cosas.²¹ Desde una perspectiva posmodernista, esa forma, a la que podemos ya

¹³ Terry Eagleton, *Literatura y crítica marxista*, Zero, Madrid, 1978, pp. 77-92, especialmente pp. 84-86.

¹⁴ Desregulación posmoderna en J.L. Rodríguez, *Crítica*, p. 27 y ss.

¹⁵ Charles Jencks, *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*, Gustavo Gili, Barcelona, 1984, p. 118.

¹⁶ *Ibid.*, p. 64.

¹⁷ D. Harvey, *The condition*, pp. 125-140.

¹⁸ Ch. Jencks, *El lenguaje*, p. 15.

¹⁹ *Ibid.*, p. 24.

²⁰ Cita en Gilles Deleuze y Felix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia, 1997, p. 159.

²¹ Modernidad bipolar, esto es, el plano de inmanencia frente al aparato trascendental de captura, en Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2002, pp. 77-96. La dualidad moderna, frente a la visión de la modernidad como una línea racional, es una idea que los autores ya habían elaborado previamente; *vid. El trabajo de Dionisos*, Akal, Madrid, 2003, pp. 107-110 (ed. original de 1994). Por otra parte, plano de inmanencia es un concepto que, similar al de rizoma, los autores toman de G. Deleuze y F. Guattari, concretamente de su obra conjunta *Mil mesetas*. Debido a la peculiar estructura de este libro, apenas puede encontrarse una definición sistemática de los términos en cuestión. No obstante, *vid.* pp. 9-29 para rizoma y p. 516

identificar como una metanarrativa, es un corsé disciplinario del tiempo, un túnel justificado por la luz que se cree vislumbrar al final de todo el trayecto.²²

Así las cosas, podemos definir el espacio posmoderno en oposición a la espacialidad del metarrelato, porque consideramos que esta «categoría narrativa» es el núcleo de la modernidad.²³ Tres son, en resumen, los rasgos del espacio posmoderno: (1) la ausencia de teleología; (2) la incapacidad del exterior para ser representado; (3) y, finalmente, la desregulación del espacio superior.

En primer lugar, el espacio del gran relato se estructuraba según la linealidad moderna del tiempo.²⁴ El tiempo como flecha, o línea de progresión ascendente, suponía dos principios. Por un lado, una disciplina, acorde con la ética calvinista del trabajo, que sacrificaba el presente en nombre del futuro. Por otro, un lugar exterior a lo inmanente hacia el que se dirigía este presente. En otras palabras, un tiempo cuya esencia radicaba en el exterior de enfrente, esto es, en la utopía o en la síntesis dialéctica.²⁵

Por otra parte, esta representación del espacio puede ser vista como el correlato cartográfico de un exterior no capitalista, esto es, un terreno no absorbido *realmente* por el capital.²⁶ Este exterior, compuesto por elementos que abarcaban desde la naturaleza hasta el mundo socialista, pasando por restos sociales precapitalistas, tales como el campesinado o la pequeña burguesía, ha sido suprimido por la supeditación *real* del mundo.²⁷ Un fenómeno posmoderno que implica «la desaparición de la naturaleza como tal» y como espacio social no capitalista, puesto que, a diferencia de la era de los imperios, el capital ya no necesita de un exterior para realizar su plusvalía. Es decir, la total modernización de un mundo al que Jameson, teniendo en cuenta que la modernidad ha sido completada, define

para plano de inmanencia. La diferencia de contenido radica en el uso. Hardt y Negri emplean estos términos para analizar una realidad posmoderna ya constituida. En cambio, Deleuze y Guattari los crearon como deseos a la espera de ser realizados. Los rasgos del plano son los siguientes: inmanencia, horizontalidad, Diferencia, Deseo, multiplicidad, heterogeneidad, aleatoriedad y anarquía.

²² Para una visión posmodernista del gran relato como una jaula, *vid.* Keith Jenkins, *¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad*, FCE, México, 2006, pp. 11-64 y pp. 147-151. A pesar de que aceptamos la visión dual de la modernidad propuesta por Hardt y Negri, consideramos que la representación resultante de esta, debida a la victoria del exterior trascendente, ha sido la línea disciplinaria.

²³ Cita en Fredric Jameson, *Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*, Gedisa, Buenos Aires, 2004, p. 44.

²⁴ Fredric Jameson, *Las semillas del tiempo*, Trotta, Madrid, 2000, p. 13.

²⁵ Colapso de la teleología en Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, FCE, Buenos Aires, 2002, p. 34.

²⁶ F. Jameson, *Las semillas*, pp. 26-28.

²⁷ Supeditación real (acumulación flexible e intensiva) y supeditación formal (acumulación rígida y expansiva) en M. Hardt y A. Negri, *Imperio*, pp. 237-238, 253, y pp. 209-224, respectivamente.

como posnatural.²⁸ Así pues, el espacio posmoderno es el propio de un plano de inmanencia que carece de todo exterior al sistema.²⁹

En tercer lugar, la pérdida de esa exterioridad nos entrega a una «dialéctica atascada» que impide la representación de la utopía.³⁰ Este espacio, cerrado a lo trascendente, es el mapa del capitalismo trasnacional.³¹ Una estructura en que la diferencia, entendida ya como cambio o alteridad, ya como identidad cultural, se encuentra dentro de aquella como su permuta. Esta diferencia, aunque solo posible gracias a la estandarización del capitalismo, goza, sin embargo, de primacía ideológica. Un prestigio debido a la quiebra del espacio superior que aparece, entonces, como una monstruosidad a la que no se puede volver. La diferencia, que vive en el plano de inmanencia, ha accedido al espacio superior de producción, lo ha fragmentado y, por supuesto, lo ha desregulado.³² Un cambio cultural en cuyo inconsciente político se encuentra el empuje desregulador del «posfordismo», esto es, del régimen flexible y posindustrial de producción cuyos productos se parecen más a la «artesanía personalizada del siglo XIX que a los superbloques (sic) cuarteleros» de la modernidad tardía.³³

Por consiguiente, nos enfrentamos a una desregulación que hace del espacio un archipiélago sin relación entre lo que fueron sus partes, porque, según parece, cada una es irreductible. Es en esta fragmentación de la «gramática universal» donde el primado ideológico de la diferencia se percibe con más fuerza, ya que la homogeneidad capitalista del globo se presenta como heterogeneidad de la diferencia.³⁴ Así pues, este plano de inmanencia no puede reconstruir la espacialidad superior, o trascendental, en que operaba la Razón moderna. Por tanto, la historia económico-social,³⁵ cuyo proceder analítico, además de estar jerarquizado, se basaba en los grandes conceptos modernos, se queda sin posibilidad de ser articulada.

Sin embargo, la desaparición del exterior no acaba ahí. Efectivamente, esta revierte en la epistemología posmoderna como el colapso de las teorías modernas del conocimiento. El modo clásico del saber, la dialéctica moderna de lo exterior/interior, que implicaba una separación radical entre el sujeto y el objeto, o, si se prefiere, entre el Yo y el Otro, parece haber perdido su prestigio. Por ende, el hombre posmoderno ya no queda, como nos dijo Edward Carr del hombre

²⁸ F. Jameson, *Las semillas*, pp. 32-41; cita en Fredric Jameson, *La estética geopolítica: cine y espacio en el sistema mundial*, Paidós, Barcelona, 1995, p. 32.

²⁹ M. Hardt y A. Negri, *Imperio*, p. 68

³⁰ Cita en F. Jameson, *Las semillas*, p. 12. Para la dicotomía inmanencia-trascendencia, *vid.* Fredric Jameson, *El realismo y la novela providencial*, Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2006, pp. 9-41 y pp. 85-91.

³¹ F. Jameson, *La estética*, p. 22.

³² W. Benjamin, «La obra de arte», pp. 24-25.

³³ Ch. Jencks, *El lenguaje*, p. 5. Para la «acumulación flexible» y el posfordismo, D. Harvey, *The condition*, pp. 121-197.

³⁴ J.L. Rodríguez, *Crítica*, p. 151; el autor, por el contrario, habla de «prioridad ontológica».

³⁵ G. Pasamar, *La historia contemporánea*, pp. 99-106.

moderno, «flagrantemente contrapuesto al mundo», luchando «con él como algo intratable, potencialmente hostil».³⁶

Así pues, la verdad como correspondencia de la realidad ya no parece fiable. Desde la perspectiva posmoderna, tampoco existe el criterio de autoridad basado en un referente exterior inexistente (*el* pasado). El documento no es el pasado, sino un texto más sobre un pasado cualquiera. Y la historiografía, en tanto que actividad formalista,³⁷ corre una suerte pareja.³⁸ Por ello, esta se confirma como una disciplina autorreferencial.³⁹ En la historia, el exterior trascendente, la forma que, como ya hemos dicho, imponía su cercamiento disciplinario sobre el contenido inmanente, es visto por la diferencia como una «práctica ortopédica», una imposición del espacio superior sobre el plano de inmanencia. Una disciplina que se presenta, en su paroxismo, como una historia contra los sujetos. En consecuencia, solo es aceptable una historia desde las diferencias, una *memoria* que surja «desde dentro» de ellas.⁴⁰

b) Tiempo

Recordemos por un momento que lo exterior ha dejado de ser representable, debido, como sabemos, a la supeditación real del mundo. Si trasladamos esa carencia a la representación del tiempo, nos encontramos con que el futuro moderno, entendido como un exterior trascendente, ha perdido toda su densidad ontológica. Una amputación que nos deja encerrados en un presente marcado por la precariedad del individuo aislado. Y viceversa. Porque, al degradarse el control sobre este presente, se socava el dominio sobre un futuro que se imagina catastrófico, o que, como consecuencia de ello, no se imagina en absoluto.⁴¹ De este modo, la representación del tiempo posmoderno podría ser la de un presente que ha desterrado el futuro de la imaginación histórica.

Podemos afirmar, con la debida prudencia, que el tiempo posmoderno es una «función de la velocidad». Una instantaneidad que alimenta la precariedad ontológica del presente, y que, según parece, bloquea la representación espacial del futuro por dos razones. La primera, porque esa instantaneidad solo puede ser

³⁶ Citas en Edward H. Carr, *¿Qué es la Historia?*, Ariel, Barcelona, 2003, p. 150. Hemos escogido este libro como el ejemplo más representativo de la teoría historiográfica de la modernidad tardía.

³⁷ El contenido (acontecimiento) adquiere significado una vez que ha sido encajado en una forma (narrativa); *vid.* Hayden White, «The historical text as literary artifact», *Tropics of discourse: essays in cultural criticism*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore/Londres, 1986, pp. 79-100.

³⁸ *Vid.* un asequible resumen de esta idea posmodernista en Callum G. Brown, *Postmodernism for historians*, Pearson/Longman, Malaysia, 2005, pp. 93-116.

³⁹ Keith Jenkins, *Repensar la historia*, Siglo XXI, Madrid, 2009, pp. 62-66.

⁴⁰ Citas en Juan José Carreras, *Seis lecciones sobre historia*, IFC, Zaragoza, 2003, p. 79.

⁴¹ Precariedad y pérdida de confianza del presente en Z. Bauman, *Modernidad líquida*, 139-177.

posible a costa de dicha representación, pues la instantaneidad no tiene espacio, se mueve dentro del espacio. Y la segunda, porque el tiempo, como tal función, solo puede darse gracias a la estandarización. El cambio, o diferencia, solo es viable gracias a una homogeneización que hace del mundo una estructura estable sin lugares exteriores para la fuga, relegando a la diferencia a la condición de permuta dentro de una estructura homogénea.⁴² Si pensamos en la Diferencia en el sentido *derridiano* o *deleuziano*,⁴³ esto es, como cambio sistémico, como una apertura al exterior ontológico que está siempre a nuestro alcance, estaremos confundiendo la realidad de la posmodernidad con el deseo de cierto posestructuralismo. La Diferencia, en resumen, queda devaluada como diferencia, es decir, como cambio dentro del sistema, pero no como cambio de sistema.

De esta manera, nos encontramos ante una «estasis parmenídea» (sic) en la que lo exterior permanece desarticulado. Un lugar que es temido como un momento de suprema violencia, solo deseable por un utópico, un «lujurioso de la destrucción».⁴⁴ Así las cosas, la caída de los metarrelatos nos da el siguiente correlato de la estasis posmoderna: el futuro, concebido como un exterior ontológico, solo es, en el mejor de los casos, el abismo. Un vacío que cercena la representación de la utopía,⁴⁵ por lo que «el tiempo consiste en un presente eterno y, mucho más allá, en una catástrofe inevitable».⁴⁶ Esto es, un sistema donde el presente, que se repliega sobre sí mismo, transforma la linealidad represiva del gran relato en un artefacto sin sentido. Por un lado, la velocidad ha hecho imposible la representación espacial del tiempo. Por otro, el futuro, que ordenaba teleológicamente los acontecimientos, se ha vuelto irrepresentable.

Ciertamente, la posmodernidad no dispone de ningún mecanismo de representación histórica del futuro. Antes bien, este se encoge hasta ser indistinguible de un presente que destruye su impulso utópico. El presente posmoderno no imagina, ni produce, una exterioridad ontológica, sino que recuerda y reproduce dentro del sistema. Por ello, parece constituir un tiempo en suspenso, un «presente obturado» que, a nuestro entender, no ha eliminado la ansiedad, provocada por ese abismo, que nos inquieta del mismo modo que al mutilado le angustia su miembro amputado.⁴⁷ Pero, ¿y la historia?

⁴² F. Jameson, *Las semillas*, pp. 28-32, cita en p. 22.

⁴³ Un excelente resumen del concepto de Diferencia se encuentra en J.L. Rodríguez, *Crítica*, pp. 129-165.

⁴⁴ Citas en F. Jameson, *Las semillas*, p. 28 y p. 63. El autor se refiere a la ontología estática del filósofo griego Parménides de Elea.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 64.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 70.

⁴⁷ Cita en Manuel Cruz, «Introducción. El pasado en la época de su reproductibilidad técnica», en Manuel Cruz (comp.), *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*, Paidós, Barcelona, 2002, p. 32.

El paradigma hegemónico de la modernidad tardía, la historia económico-social, permitía reducir la realidad a una explicación jerárquica que podía «servir de guía para la acción».⁴⁸ La historia de este periodo era, como asistente del gran relato, un «recurso terapéutico».⁴⁹ Dicho de otro modo, el discurso histórico aparecía «como [un] instrumento de análisis y comprensión del presente, como condición de una prospectiva de transformación social, en que la crítica del pasado se transforma en superación de este».⁵⁰ La historiografía modernista se caracterizaba por ser una expresión cultural de la proyección prometeica del gran relato. El futuro se producía,⁵¹ y la historiografía parecía ser una de sus fuerzas productivas.

Así las cosas, la historia ordenaba y dotaba de sentido a los acontecimientos en virtud de *su* futuro. La modernidad poseía un pasado concreto porque tenía un futuro definido de antemano.⁵² Porque la disciplina trascendental del gran relato, de la forma, no permitía la indeterminación posmoderna del contenido. No obstante, si bien la contracultura pretendió sustituir la línea disciplinaria por la Diferencia,⁵³ la posmodernidad, como resultado de esa contienda, solo trajo el cierre de ambas y, con este, la extensión de la memoria.

De este modo, la memoria aparece como el producto de una clausura. En ninguna parece viable ni una proyección hacia lo externo ni una retrospectiva totalizadora. Y no lo son porque, como ya hemos dicho, el tiempo ya no puede ser reescrito conforme a la linealidad disciplinaria del gran relato. Es precisamente la lejanía del pasado, la pérdida o quiebra de la «experiencia transmitida»,⁵⁴ lo que propicia la inundación desordenada de pasados, posible, creemos, por la reproducibilidad técnica de estos.⁵⁵ Una reproducción que, gracias a esa ruptura, puede destruir la condición externa del pasado a que le arrojaba la velocidad del capitalismo, e incluirlo, por así decir, en un interior de acceso libre y desregulado. Un pasado fetiche que no es, a nuestro entender, nostálgico de sí mismo, sino del presente que lo engendra.⁵⁶

Así pues, el gran relato desaparece junto con la historia vista como herramienta terapéutica, mostrándonos, de este modo, la presencia de un corazón anti-utópico en la llamada memoria histórica. Efectivamente, este tipo de memoria es la representación de una clausura. Una historia no prospectiva, sino reproductiva, que re-

⁴⁸ E.H. Carr, *¿Qué es la Historia?*, pp. 184-185.

⁴⁹ J.J. Carreras, *Seis lecciones*, p. 26.

⁵⁰ Josep Fontana, *La historia de los hombres*, Crítica, Barcelona, 2001, p. 242.

⁵¹ Manuel Cruz, *Filosofía de la historia*, Paidós, Barcelona, 1991, p. 39.

⁵² *Ibid.*, pp. 53-62.

⁵³ Román Cuartango, «La destrucción de la idea de futuro», en M. Cruz (comp.), *Hacia dónde*, pp. 187-206.

⁵⁴ Walter Benjamin en E. Traverso, *El pasado*, p. 16.

⁵⁵ *Vid.* el brillante artículo de M. Cruz, «Introducción. El pasado», pp. 8-32.

⁵⁶ Fredric Jameson, *El posmodernismo, o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Barcelona, 1991, pp. 46-52.

niega del futuro como superación y vuelca su capacidad creativa sobre un pasado reproductible y, a diferencia del futuro, redimible. Por otra parte, la memoria, como el relato de la diferencia, se presenta como la sublimación de una impotencia ontológica. La diferencia, como identidad cultural, también es anti-utópica, y, aunque nos remite a la Diferencia siendo su condición recíproca de posibilidad, no puede ser esta porque, de serlo, sería el cambio que pondría fin a su propia existencia como diferencia.

c) Sujeto

La diferencia es, aparte de un cambio domesticado, una identidad cultural cuya misión no consiste en «transformar el mundo político, sino asegurarse el propio nicho cultural dentro de él». ⁵⁷ Como permuta instantánea dentro del sistema, nos lleva a la ya conocida incapacidad de representación que se corresponde, de alguna manera, con la velocidad del mercado posfordista. Un modo especial de la oferta y la demanda que revierte como un cierto «antifundacionalismo». ⁵⁸ Es decir, que el exterior al sujeto o al sistema, sea la regulación de los mercados, el formalismo universal, o el futuro, ha sido desterrado de la cartografía cultural posmoderna.

Efectivamente, si el conocimiento posmoderno del pasado se halla vertebrado por la ausencia de distancia, la inmediatez y la sobrevaloración de la experiencia, podemos decir que la historiografía ha perdido, al igual que el arte, el aura. El acceso de la diferencia a la producción cultural la ha destruido. Solo la experiencia del sujeto proporciona este tipo de saber histórico no fundacional; y a su representación la llamamos memoria. El prestigio de la diferencia, frente al descrédito del espacio superior, no podía estar más presente. Pues, de algún modo, la historiografía es vista como una ortopedia trascendental, mientras que la memoria se muestra como una operación inmanente del contenido que, al fin, habla por sí mismo. Una experiencia, transformada en una «metafísica de la presencia», ⁵⁹ por la que no pasa el tiempo en tanto que historia. ⁶⁰ Ya que, una vez destruida la linealidad modernista, la discontinuidad aleatoria del mercado posfordista, esto es, la

⁵⁷ Terry Eagleton, *Después de la teoría*, Debate, Barcelona, 2004, p. 59. La memoria vendría a ser, pues, la representación de la identidad o incluso su sinónimo; *vid.* Carlos Forcadell, «La historia social, de la clase a la identidad», Elena Hernández Sandoica y Alicia Langa (eds.), *Sobre la historia actual: entre política y cultura*, Abada, Madrid, 2005, p. 32.

⁵⁸ Esta relación, así como semejante exabrupto, se encuentran en F. Jameson, *Las semillas*, pp. 47-48. Por «antifundacionalismo» se entiende la superioridad del contenido histórico sobre una forma externa desprestigiada. Richard Rorty es su representante más conocido.

⁵⁹ Gabrielle M. Spiegel, «Memoria e historia: tiempo litúrgico y tiempo histórico», en Miguel Ángel Cabrera y Marie McMahon (coords.), *La situación de la historia: ensayos de historiografía*, Universidad de La Laguna, La Laguna, 2002, p. 55.

⁶⁰ I. Peiró, «La consagración», p. 203.

diferencia, aparece como el auge de una memoria que ya no parece una facultad inseparable del sujeto.⁶¹

Precisamente, que este atributo personal adquiriera esta peculiar consistencia orgánica, está más relacionado con el retorno de un cierto idealismo que con la obra de Maurice Halbwachs. Un regreso que no es sino el espectro ideológico de la supeditación real del globo, que, como se recordará, nos ha dejado sin el referente del «ahí fuera». En otras palabras, es el correlato neoliberal del proceso posfordista que tiene por objeto el aislamiento del individuo.⁶² El resultado, de tal forma, es una operación sutilmente clasista, esto es, la exaltación del individuo, de su voluntad y responsabilidad, en el momento en que más precario se encuentra dentro del sistema. Este idealismo de matriz estadounidense, mostrencamente prometeico, vuelve para celebrar una euforia que oculta una profunda ansiedad traumática.⁶³

Así pues, considerando la primacía ideológica de la diferencia, no es extraño que este idealismo convierta una actividad individual en la capacidad de un grupo social. Un tropo que nos remite a la dicotomía moderna del símbolo y la alegoría.⁶⁴ La memoria, como símbolo que regresa de la mano de un idealismo autorreferencial, implica la superación de los binomios sujeto-objeto y contenido-forma. La memoria supone la satisfacción del «deseo de una presencia auténtica» que la historia no es capaz de ofrecer. Porque la memoria, en tanto que símbolo, no es una gran representación narrativa, externa y artificial como la alegoría brechtiana, sino un «retorno de la presencia»,⁶⁵ dentro de un plano de inmanencia, que no requiere mediaciones externas.⁶⁶ Por contra, la historiografía, como la alegoría, posible por la distancia existente entre el interior inmanente y el exterior trascendente, permanece como un aparato de captura. Ambas precisan de un exterior al que hacer referencia, de una separación radical entre el sujeto y el objeto, el contenido y la forma. Algo que, como ya hemos visto, no es posible en una posmodernidad que parece haber eliminado lo externo al sistema.

Finalmente, la memoria es la representación de la identidad desde su interior. Como la memoria no puede escapar del cuerpo, esto es, del sistema, es aquí don-

⁶¹ No obstante, separar la memoria individual, de lo que Halbwachs llamaba cuadros sociales de la memoria, es tan absurdo como la división, en pie de igualdad, entre el individuo y la sociedad, *vid.* W. Kansteiner, «Finding meaning», p. 185.

⁶² Privatización de las tareas de la modernización en Z. Bauman, *Modernidad líquida*, pp. 34-35 y pp. 43-46.

⁶³ T. Eagleton, *Después de la teoría*, pp. 170-171.

⁶⁴ Para las diferencias entre símbolo y alegoría, *vid.* el clásico de Paul de Man, *Blindness and insight: essays in the rhetoric of contemporary criticism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1985, pp. 187-208. El símbolo vendría a representar la supresión de la forma dentro del contenido. Es decir, el método, el estilo o la gran teoría, el exterior trascendente en definitiva, desaparecen para dejar hablar, en sus propios términos, al interior inmanente.

⁶⁵ Citas en G. Spiegel, «Memoria», pp. 69 y 66.

⁶⁶ M. Hardt y A. Negri, *Imperio*, pp. 84-88.

de aquella emerge como el eco de una nueva ética del yo profundamente antiutópica.⁶⁷ Esta, por un lado, contiene una autodisciplina que posibilita a la diferencia vivir como permuta dentro del sistema. Mientras que, por otro, este nuevo código conlleva la legitimación de una liberación libidinal que, aun siendo inmediata, no es ni completa ni duradera. Es, ni más ni menos, que el dispositivo ideológico que mantiene vivo el mercado posfordista. La memoria, como nicho cultural, es la expresión de una clausura posmoderna, de una barrera del sonido en cuyos límites se encierra la devaluación de la Diferencia.

CONCLUSIÓN

Dada la condición posmoderna del mundo, el autor ya no dispone de la capacidad para imponer el significado de un texto. Las lecturas de la historia, multiplicadas por la primacía ideológica de la diferencia, leen el pasado según sus propios lenguajes tropológicos. Pues, al descubrirse que el contenido carece de significado y forma, a menos que el discurso le proporcione uno y otra, la historiografía ha perdido el aura que la caracterizaba. Esta quiebra de la historia, como representación única del tiempo, parece haber abierto dos caminos. Por un lado, ha llevado a que la reproducción del pasado, en tanto que pastiche mercantil, sustituya al criterio del historiador. Por otro, ha traído la «metástasis» conjunta del discurso y la memoria.⁶⁸ Porque esta última es expresión tanto del idealismo autorreferencial como del tiempo discontinuo, aleatorio y reproducible de la diferencia, esto es, del mercado posfordista.

Por otra parte, la actual «obsesión por la memoria» parece remitir a una dialéctica desactivada.⁶⁹ En efecto, la incapacidad de proyección utópica nos remite a la ontología contradictoria de la diferencia: no puede negarse y superarse porque su motivo de creación reside, precisamente, en la imposibilidad de hacerlo. Hablamos, por tanto, de un impulso utópico invertido, el del símbolo, en el que la memoria, de acuerdo con el cierre de lo exterior y la primacía de la diferencia, ocupa el lugar de la historia proyectiva. La memoria es, de esta manera, tanto una sublimación como una forma de situar históricamente el presente posmoderno.⁷⁰ Y, como tal, esconde una querencia destinada a «pensar nuestro tiempo presente dentro de la historia»,⁷¹ constituyendo, así, una antinomia fundamental de la es-

⁶⁷ F. Jameson, *Las semillas*, pp. 51-56.

⁶⁸ Charles Maier en G.M. Spiegel, «Memoria», p. 69.

⁶⁹ Cita en *ibid.*, p. 67.

⁷⁰ Para una visión que entiende la memoria como una reacción contra el olvido, *vid.* Andreas Huysen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, FCE, México, 2002, pp. 13-40.

⁷¹ F. Jameson, *El posmodernismo*, p. 101.

estructura posmoderna. Pues, si la memoria está determinada por su inconsciente político, esto es, la estasis parmenídea, la representación narrativa, o utópica, presupone una exterioridad que la supera.

Llegados a este punto, creemos posible afirmar la existencia de una saturación de memoria, debida a lo que Jameson conceptualizó como pérdida del sentido activo de la historia.⁷² Y viceversa. Justamente, la ausencia de un exterior deja al sujeto posmoderno incapaz de procesar el tiempo como historia;⁷³ en su lugar, la memoria ocupa ese vacío. Si la fuerza del presente moderno se extraía del futuro,⁷⁴ la debilidad del presente posmoderno deriva de su clausura. La obsesión por la memoria solo pretende reparar la hemorragia de sentido de la historia y la pérdida de nuestra conciencia de esta; en definitiva, de nuestra incapacidad de representar históricamente nuestro presente. Por ello, podemos decir que hay inflación de memoria, de *reproducción*, porque hay pérdida del sentido activo de la historia, esto es, de la *producción* prometeica del tiempo. La conclusión, según el posmodernismo más radical, es evidente: el colapso de las metanarrativas no solo arrastra a la utopía consigo, sino que, precisamente por ello, también parece minar los fundamentos de la historia «propiamente dicha».⁷⁵ Pero, obviamente, no tenemos que estar de acuerdo con ello.

⁷² *Ibid.*, p. 52 y pp. 41-60.

⁷³ F. Jameson, *La estética*, p. 37.

⁷⁴ Karl Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Alianza, 2003, p. 37.

⁷⁵ K. Jenkins, *¿Por qué la historia?*, pp. 39-40.